

AQUEL BAÚL

La habitación olía a cerrado y a un olor indefinible que capté más con el corazón que con los sentidos; El fino rayo de sol que se filtraba por la persiana cerrada iluminaba minúsculas partículas de polvo en suspensión, y cuando mis ojos se acostumbraron a la tenue claridad empecé a percibir los contornos de los muebles y objetos de la salita.

Desde la muerte de la abuela yo no había vuelto a la casa, ahora cerrada, y me produjo una especial sensación entrar en aquella habitación que tanta atracción ejercía sobre mí cuando era una niña; Entreabrí levemente la pesada persiana de madera, pues me pareció que la luz excesiva rompería de alguna manera la magia de mis recuerdos.

Todo estaba igual, como parado en el tiempo, como si no hubieran pasado casi diez años desde que la abuela dejó de habitar aquella estancia donde pasaba la mayor parte del día, rodeada de sus cosas más queridas.

Me había desplazado a Madrid para arreglar unos asuntos, entre ellos la venta de la casa, y la barahúnda de la gran ciudad a la que yo no estaba acostumbrada, había llenado mi mañana con sus prisas, sus ruidos y su insoportable tráfico, haciéndome desear un poco de tranquilidad y de sosiego.

Cuando entré allí, a aquel espacio silencioso y sugerente, tan propicio a la evocación, sentí como si atravesara el espejo, sumergiéndome en un mundo que pertenecía a otro tiempo lejano. Cuidadosamente, casi con miedo a romper el encanto, me senté en aquel sillón de la abuela, que yo había visto tantas veces ocupado por ella cuando pasábamos en su casa largas temporadas, y cerrando los ojos me dejé llevar por los recuerdos



“La abuela Carmen tenía una voz delgada y tenue, una voz que cuando me contaba historias de su niñez adquiría una especie de tonalidad antigua, como de otras épocas. Eran aquellas unas narraciones que siempre hacían referencia a cosas sucedidas hacía muchos años, cuando ella vivía en su pueblecito natal, allá en la Málaga interior, y que sabían despertar en mí un clima especial de expectación, pues aunque se referían a sucesos cotidianos, yo los oía como si fueran aventuras extraordinarias.

La abuela había vivido prácticamente toda su vida en Madrid a excepción de sus primeros 18 años, pero aquella primera época de su vida había formado totalmente toda su idiosincrasia: ella era malagueña, y Madrid no había dejado en su interior ni la más leve huella que alterara éste hecho sustancial. Sesenta años frente a 18 habían perdido definitivamente la partida.

Su acento andaluz permanecía inalterable, adobado con sus dichos netamente malagueños y que tenían toda la gracia y la frescura de un prendido de viznaga. Aquellas historias que me contaba parecían para ella recién sucedidas, a juzgar por la gran profusión de detalles que recordaba.

A través de sus relatos conocí al tío Lucas, a Frasquita, a Manuel “el perejilito”, y a Antoñito “el culifarto”; pero sin duda el personaje que más me atraía era Mariquita, una pobre niña que en un descuido de sus padres, se asomó a un pozo y cayendo en él se ahogó. Al referirse al terrible final de Mariquita la voz de la abuela bajaba de tono haciéndose casi inaudible y dándole un toque de misterio que me asustaba y me fascinaba a la vez. Luego, de repente, me decía en un tono más alto y casi enfadada: “ ¡Niña, no “ze” te ocurra nunca “azomarte” a un pozo!”.

Otras veces canturreaba, mientras fregaba cuidadosamente los cacharros de la cena, aquellas coplas que hablaban de cosas tremendas : de mujeres abandonadas con hijos no reconocidos, de pasiones desbordadas, de cuchillitos de luna que atravesaban el enamorado corazón de las “mocitas”, de celos terribles, de honras destruidas é incluso a veces de venganzas

sangrientas. Yo entonces no entendía muy bien lo que quería decir todo aquello, pero me encantaba escucharlo.

Esas coplas se fueron quedando en algún rincón de mi mente, durmiendo bajo las aguas de mi memoria, y después al oírlas a lo largo de mi vida, siempre me trasladaron a aquella vieja cocina de la calle Moratín

La abuela era pequeña y menuda, se deslizaba por la casa levemente, como si no pisara el suelo con sus breves zapatillas negras abrochadas a un lado. Siempre llevaba un ligero mantoncillo sobre los hombros pues, exceptuando los días más tórridos del verano, siempre tenía frío. Su pelo peinado en bandós, se recogía en un pequeño moño bajo que ella peinaba todas las mañanas con gran cuidado cubierta con su peinador, tras sacar de una caja de madera oscura todo un arsenal de peines y cepillos, ante mi mirada siempre curiosa que seguía sin perder detalle todas las evoluciones de sus pequeñas y finas manos, qué, hábilmente, trenzaban su cabello de un precioso tono plateado, para confeccionar aquel moñete que a mí me parecía el más bonito y fascinante de los peinados.

La abuela en su habitación siempre estaba rodeada de lo que ella llamaba “sus cosas”, pequeños objetos que a mí, a mis cinco ó seis años, me atraían sin remedio, pero que solo podía tocar muy de tarde en tarde, pues era tal el aprecio que la abuela sentía por ellos, y tan poca la confianza que debían merecerle lo que ella llamaba mis “manos de trapo”, que temía que sus tesoros pudieran resultar malparados.

Esa especie de veto protector era aún más estricto para aquellas cosas que habían sido pertenencias ó regalos de su único hijo varón, muerto en la guerra civil, y que ella conservaba como verdaderas reliquias.

Sin embargo yo insistía tanto qué, a veces, me dejaba coger con infinito cuidado la pluma con palillero de marfil, en cuyo extremo un pequeño orificio permitía ver, acercándolo mucho al ojo, una figura blanca y azul, nimbada de luz ,que al parecer era la Virgen de Lourdes, la visión era

breve, lo que aumentaba el misterio, pues enseguida la abuela me decía : “Niña, niña, no vayas a romperla”, y la guardaba en una cajita alargada qué, a su vez, metía en el cajón de la alta cómoda.

También algunas veces conseguía que me permitiera abrir y cerrar, cuidadosamente, un abanico casi etéreo de encaje que yo me moría por agitar como veía hacer a las señoras mayores. No menos mágico era poder mirar por unos pequeños prismáticos de teatro, con los que la abuela me contaba que había podido ver de cerca a la Infanta Isabel, la popular “Chata”, durante una función de “Doña Francisquita”.

Pero nada era comparable al poder de seducción que sobre mí ejercía el baúl . Aquel misterioso baúl que solo se abría en muy contadas ocasiones, y que yo sabía que contenía, entre otras cosas maravillosas, su vestido de novia, que no podía tocarse para que sus negros y finísimos encajes no se deshicieran entre los dedos. También dormía allí cuidadosamente envuelto en susurrante papel de seda, el precioso mantón de Manila bordado en flores rojas y blancas, que destacaban llamativamente sobre su negro y satinado fondo, y aquel collar de delicadas cuentas que el abuelo le había regalado hacía muchos años y que reposaba en un delicioso estuche color granate y que, naturalmente, yo enloquecía por poner en mi cuello. . . .

Y la caracola, una preciosa y enorme caracola cuyos delicadísimos colores se iban difuminando a medida que se perdían en su interior, y que ella a veces ponía en mi oído para que escuchara el sonido del mar qué, según la abuela, vivía prisionero en sus misteriosos recovecos, versión qué, naturalmente, yo me creía a pies juntillas ”



Me levanté con lentitud de aquel sillón que, con su poder de evocación, me había transportado tan lejos en el tiempo, y me dirigí hacia el baúl que estaba allí al fondo de la habitación, como un testigo mudo, y abrí con cuidado su tapa ya enmohecida por el desuso.

Ahora todas aquellas cosas estaban allí, a mi alcance, como restos de toda una vida, cubiertas de polvo y de olvido, y casi no me atrevía ni a tocarlas por miedo a que se deshicieran entre mis manos como entonces temía la abuela, y me pareció oír su voz delgada y suave llamándome cariñosamente “Maribel, manos de trapo”, y entonces yo, que llevaba mucho tiempo sin recordarla, casi sentí su olor y sus manos menudas acariciando mi cabeza como cuando era una niña, y unas lágrimas de cariño y de nostalgia se deslizaron desde mis ojos y cayeron sobre aquel montoncito de encaje, casi deshecho, que era el traje de novia de la abuela.

MARIBEL EGIDO CARRASCO



